

episodios que forman parte de un conjunto abarcador.

A favor de esto último está la unidad temática de todo el libro, la utilización del terceto, que se va consolidando a medida que avanza el texto y las repeticiones que conectan, que encadenan los fragmentos y que pueden enumerarse casi taxativamente como ejes de este vértigo verbal. A lo largo de mi lectura anoté las siguientes repeticiones: «todo está por decir», «*navego hacia el origen*», «una vez mi boca se llenó / de sombra», «la distancia es luz», ¿«cuándo llegué adonde estoy?», «nuestra casa era mudanza», «¿cuándo recibí la herida?». Estas frases, estos poemas de una sola frase, que se repiten a manera de coro, poemas que van y vuelven reivindicando para sí su carácter de obsesiones, también le dan unidad al libro como gran poema, como único poema dividido en cantos.

Entre todas las corrientes temáticas del poema, el primer plano corresponde al padre, el padre que espera la muerte, el padre en el pasado, en varios pasados; entre los que se destaca el paseo en el coche azul cobalto que le da título al libro.

A propósito del título, mi red de espionaje fue testigo, involuntario, de la deliberación en voz alta del poeta acerca del título del libro. Casi llegó a llamarse *Réquiem con una bandada de cisnes*, alusivo, a la vez, a la muerte del padre y al paseo en el auto en el que los hermanos se transforman en una bandada de cisnes salvajes. Dice Esquinca que ese título «me gustaba porque es una especie de encuentro de lo fúnebre con lo funambulesco». Era un hermoso título, casi tan hermoso como el que ahora tiene, *Descripción de un brillo azul cobalto*.

El testimonio acerca del padre moribundo está dictado con versos memorables: «Escribe / mi padre con tinta roja / líneas en las que pide / no morir cae la nieve / diluye las palabras». El poeta es un testigo desgarrado e impotente en

un hospital donde mi padre
abre los ojos para que yo vea

la muerte habitarlo súbita
violenta eficaz insondable
la muerte que vuelve

a ocupar un espacio suyo
desde siempre así
como lo digo en un santiamén

El padre, que escribe que no quiere morir, sabe ya la verdad de su instante, vislumbra lo que viene, se mueve entre la vida y la muerte:

*navego
hacia el origen* dijo sin voz
mi padre entendí entonces
que estaba muriéndose voy
hasta él entre espejos
que multiplican nuestras dos
soledades

Los hermanos, los cisnes salvajes que se enfilaron al mar en el auto azul cobalto, ahora, en el hospital, llenos de dolor sagrado, apenas atinan a decirle al padre:

ven recuéstate
desnúdanos de mí
muérenos contigo

El último día, Nerval parece venir y juntarse con la agonía del padre. El puente entre ambos es el cangrejo que Nerval paseaba por las calles de París asido a una pita. En cierto momento, de repente, el cangrejo se vuelve agresivo con el papá y le apresa con sus pinzas la garganta. También del lado del poeta hay vértigo, sueño, realidades inesperadas: Nerval «vio caer un ángel entre los techos de París».

Hay algo que sucede siempre: el lector de poesía, en este libro, debe abandonar todas las categorías que le filtran la realidad. Aquí hay otra lógica que limita por todos los lados con el misterio. La paradoja consiste en que el poeta ha controlado sus delirios, ha asimilado sus pesadillas y dolores y nos ha entregado todo en un hermoso libro de poesía ●

● *Descripción de un brillo azul cobalto*, de Jorge Esquinca. Pre-Textos, Valencia, 2008.

por tener la beca de Jóvenes Creadores del FONCA 2006-2007. Mi primera impresión, al verlo entrar cargando una enorme maleta, acorde a su tamaño, fue que se trataba de un *geek* de librería. No me equivoqué. Lo siguiente que supe fue que venía recién desempacado de Austria y que entre las paredes de su mundo cráneo guardaba un proyecto de novela, pieza de una trilogía (*La trilogía de la sombra*) cuyas dos primeras partes ya se publicaron —*Sus ojos son fuego*, FCE, 2008, e *Invasión*, Tierra Adentro, 2008. Creí que era uno de tantos, como los demás, entre escritores, coreógrafos y artistas plásticos, que abordaban la beca con un sueño. No sabía que ese sueño ya se había materializado al ganar el VI Premio Nacional de Novela Jorge Ibarguengoitia, precisamente con *Sus ojos son fuego*. Aún más consternado quedé al enterarme de que el título sería reeditado por el Fondo de Cultura Económica, y semanas después de haber recibido la noticia por *e-mail* descubrí, al curiosear en una librería, que *Invasión* ya estaba a la venta. Compré el libro, invirtiendo mi fondo de supervivencia, y abordé el metro dispuesto a devorar sus historias.

Lejos de lo que podría pensarse de un escritor joven que comenzaba a disfrutar del éxito provisto por sus alcances literarios, Soltero se manifestó como un gran ser humano, mejor colega y un escritor sumamente sencillo. Lo primero que hizo, después de estrechar mi mano y presentarse, fue colocar una botella de vodka sobre el buró, patentando el curso que seguiría ese primer viaje de autoconocimiento artístico. Después, con mucho cuidado, escogió el sitio idóneo para colocar el muñeco (irónicamente una rata de felpa) que mi hijo

Conclusiones de terceros: dos libros de Gonzalo Soltero

● ANDRÉS VARGAS REYNOSO

Gonzalo Soltero fue mi compañero de cuarto en San Luis Potosí y en Guanajuato, durante los encuentros a los que asistimos



● *Invasión* (Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 2008) y *Sus ojos son fuego* (Fondo de Cultura Económica, México, 2008), de Gonzalo Soltero.

de dos años incluyó en mi equipaje para que me acompañara. «Así nos sentiremos como en casa», concluyó al colocar el roedor sobre el televisor. Durante los talleres, Gonzalo fue el más directo con sus críticas hacia mi trabajo, y por ende el más preciso. Sería que coincidíamos en un detalle de nuestras historias: oscuridad. Es hora, pues, de revivirle el resultado de su examen.

Invasión fue leído en dos sentadas, primero en el vagón del metro y después en la banca de un parque, porque sentí, desde la primera línea de «Maduro», relato con el que arranca el volumen, una enorme necesidad de echarme de cabeza, más que adentrarme con tiento, en su literatura. Puede creerse, por la aparente sencillez de sus líneas, que Soltero apuesta por la

facilidad que tiene al verter las ideas; sin embargo, lejos del síntoma minimalista que invade la nueva literatura, su prosa, si bien no se abstrae en detalles, cuenta con la capacidad suficiente para involucrarnos en esos pequeños universos personales que se interconectan de un relato a otro y que conforman una obra sumamente imaginativa y precoz.

Hay un elemento que se distingue en cada uno de los personajes que aparecen tanto en *Invasión* como en *Sus ojos son fuego*, y del cual no puede liberarse el autor: la curiosidad. Mismo elemento que determina en el lector una nueva dimensión de la sorpresa. Sin remedio, las historias se relacionan porque sus personajes están en constante búsqueda.

No importa el fin, como en el mismo «Maduro» y en «Un paseo por el bosque», sino los procesos. Desde Melquíades hasta el señor Sgarbi, respectivamente, pasando por Adrián Ustoria (*Sus ojos...*), podemos hallar esa urgencia por encontrar, más que descubrir. Tal vez, si se ahonda en la disección de los motivos, el autor va por el mismo camino y *permite* que su historia lo conduzca. Da la impresión, incluso, de que al final de sus relatos y de la novela misma deliberadamente deja carta abierta para conclusiones de terceros. Parece no haber un final y, de cualquier manera, no lo hay, por mucho que los lectores lo busquemos hasta el cansancio, porque el trabajo del autor, de un cuento a otro y de la antología a la novela, se funde como un idea circular de la que, sin embargo, pueden brotar muchas aristas. Tal y como brotan espinas de la bizarra *papaya militar* en «Maduro».

Es imposible saber si lo suyo es el

género detectivesco a la Chandler, o la atmósfera inquietante a la Poe, o el secreto conjurado a la Lovecraft, o la bifurcación elemental de Pérez-Reverte, o incluso el humor recóndito a la manera de Ibarra (uno de sus escritores predilectos), porque, a pesar de que la lectura se siente sosegada, el ritmo se monta en un vaivén controlado que proporciona diversos humores y ambientes que contagian al lector.

Tal y como ocurre en la proyección musical de un artista como Roger Waters, la literatura de Gonzalo Soltero, dentro del desarrollo de sus historias, parece nunca estallar. Algo late debajo, en ocasiones muy por debajo, pero apenas se nos muestra un esbozo de lo que al final se conjugará con la mente del que lee y, sólo entonces, verá la luz —si es que queda alguna.

Mientras que en los cuentos de *Invasión* la ruta de los personajes salta entre sitios insospechables —como una tienda de artículos chinos («Maduro»), el Ajusco («Un paseo por el bosque»), los cementerios Père-Lachaise y Montparnasse («Resplandece»), el Claustro de Sor Juana («Nadie lo verifique») o la habitación/ estudio de una adivinadora («Matilde en un pliegue») —, en *Sus ojos son fuego* el personaje principal es la misma Ciudad de México, amenazada por un desastre latente de proporciones apocalípticas. Si Nueva York ha sido destruido por alienígenas, meteoritos, lagartijas gigantes y monstruos sin identidad, México *DF* es, o será, pasto de las ratas. Los ojos de fuego a los que el autor se refiere en el título no son más que la misma incandescencia que distingue a la ciudad más grande del mundo.

Por suceder en territorio conocido, *Sus ojos son fuego* se cuenta sola y nos lleva a preguntarnos, obligadamente, qué pulsa bajo nuestros pasos cada vez que recorremos la misma ruta que el científico Adrián Ustoria, y qué tan cerca habremos estado de advertir un movimiento de tal magnitud.

Algo de místico tendrá Gonzalo Soltero, y es algo que nos hace estremecer, porque termina bordeando los límites de lo común. Será algo místico o algo premonitorio. Tal vez alguna cuestión personal. Hay una línea en «Resplandece», relato desprendido de *Invasión*, que describe el sentido que Soltero derrama en su literatura: «Siempre me habían gustado los panteones, pero ignoraba que sus profundidades me esperaban ese mismo día».

No imagino, sin embargo, a Gonzalo Soltero travesando en un panteón por las noches, como dicen que hacía Lovecraft; pero no quepa duda de que, más de una vez, en honor a su trabajo, lo habrá considerado ●

Amigo o enemigo, de Elisa Corona

● VICENTE ALFONSO

Al final del capítulo II de la segunda parte del *Quijote*, Sancho Panza se sorprende al